

LA ACTIVIDAD AUTOMÁTICA Y LA ACTIVIDAD SINTÉTICA (*)

Para « Humanidades ».

Las nociones de actividad automática y actividad sintética son todavía comunes en psicología, y la asiduidad y familiaridad con que se emplean no aseguran, de ningún modo, su rigor. Todos los psicólogos, en efecto, hablan de automatismo y de síntesis. Aún más, estas ideas tienden a dominar, en nuestros días, toda la psicología, tanto la moral como la patológica. El más reciente de nuestros manuales ve en ellas dos de las tres « grandes direcciones de la psicología » (Dwelshauvers, B, 99), y en el Congreso de alienistas de 1927, el « lugar importante » (Lévy-Valensi, 116), que ocupa en psiquiatría el automatismo mental fué consagrado por una importante discusión. Pero, si las nociones de síntesis y de automatismo son de « las más em-

(*) El profesor de psicología de la Universidad de Estrasburgo, doctor Charles Blondel, nos ha remitido, para su publicación en *Humanidades*, un trabajo, que constituye un capítulo de la nueva edición, en prensa, del *Traité de psychologie*, confeccionado, como es sabido, bajo la dirección del profesor doctor Georges Dumas. En una carta, nos autoriza a seleccionar los párrafos que, a nuestro parecer, puedan ser de mayor interés para nuestros lectores. El doctor Enrique Mouchet, a quien hemos solicitado dicha tarea, como asimismo la traducción del trabajo del profesor Blondel, ha juzgado de mayor interés los que insertamos aquí, si bien, nos ha manifestado, es de lamentar que no hayamos podido publicarlo completo dada su extensión. Todo el trabajo consta de los siguientes párrafos : I, Introducción ; II, El aspecto finalista y organizado de la vida mental ; III, El aspecto espontáneo de la vida mental ; IV, El aspecto mecánico o mecanizado de la vida mental ; V, Síntesis mental y actividad sintética ; VI, El automatismo mental y la actividad automática ; VII, Reflexiones críticas. Bibliografía. — *La Dirección*.

pleadas en la psicología contemporánea», como nada gana la precisión de las palabras con la diversidad de su uso, «a fuerza de ser empleada» la noción de automatismo, como asimismo la de síntesis, «corre el riesgo de volverse una noción vaga» (Dwelshauvers, B, 101). Para no caer con ellas en la vaguedad, antes de usarlas es menester, pues, examinarlas cuidadosamente y empezar dicho examen con la descripción de los aspectos de la vida mental que justifican su uso en psicología, antes de proceder a la exposición crítica de las teorías que encuentran en ellas su punto de partida.

SÍNTESIS MENTAL Y ACTIVIDAD SINTÉTICA

De estos tres aspectos de la vida psíquica (el aspecto finalista y organizado, el espontáneo y el mecacanzado), el primero es el que los teóricos de la síntesis mental han tomado en consideración, preocupados por justificar la constante integración de todas las manifestaciones de la actividad humana en la unidad de la persona. Testigo de ello es Paulhan, para quien la finalidad es «la gran ley del espíritu» (A, 402), el «carácter principal de nuestra actividad», aquel «sin el cual el espíritu no sería el espíritu» (id. 404); y es, al mismo tiempo, «asociación sistemática» (id., 402), coordinación, organización, esto es, síntesis (id., 214).

La finalidad, la organización de la vida mental, no presentan inconvenientes para las psicologías metafísicas, que sostienen la existencia y la unidad del alma. Los efectos de su actividad irradian del alma como de su centro y forman a su alrededor un sistema, cuya unidad es el sello fijado sobre ellos por su propia unidad. El alma de Descartes, por ejemplo, o el poder personal de Jouffroy, resultan así principios de coordinación y de unificación, y no es el orden del pensamiento, sino sus desfallecimientos eventuales que piden aquí explicación.

No queriendo sino oír hablar de hechos, la psicología empírica no ha reconocido en un principio sino los estados mentales que se destacan en la conciencia clara o que un ensayo de reflexión invita a construir sobre el modelo de los precedentes. Por

ejemplo, la percepción visual de un objeto, que se perfila tan netamente sobre el horizonte mental como el mismo objeto sobre el horizonte físico, era un hecho, como asimismo la sensación visual del objeto, si bien nuestras conciencias de adultos sean incapaces de aislarla de la percepción, pues su existencia parece psicológicamente necesaria, porque, sin ellas, no se ve cómo habría percepción. En desquite, la constante intimidad que se comprueba entre nuestros estados mentales; el modo como cada uno de ellos se refiere al conjunto de los otros; su unidad, en una palabra, no era un hecho, pues no se capta directamente en ella misma y fuera de ellos. Era, pues simplemente uno de sus caracteres, cuya explicación debía encontrarse en sí mismos o en las leyes de sus combinaciones.

Así, el asociacionismo durante mucho tiempo se esforzó para reconstituir la vida mental partiendo de los átomos psíquicos que constituirían sus elementos. La tentativa, manifiestamente, ha fracasado. La prueba la encontramos en la misma confesión de Hume y Stuart Mill, renunciando a dar cuenta: el primero, de la identidad personal, el segundo de la memoria, y detenidos ambos por esta unidad de la vida mental, en cuya explicación su esfuerzo había prometido llegar. James ha resumido con nitidez (195) las razones de este fracaso.

Nada más discutible que hacer «de los estados superiores otros tantos estados compuestos de unidades». Nada más peligrosamente ilusorio que imaginar «átomos psíquicos», «ideas simples», «sensaciones elementales» de las cuales «no tenemos, en absoluto, ninguna intuición inmediata» y «de las cuales no sabríamos, desde entonces, contralorear las combinaciones». Así es como se rehusa a adoptar el método «sintético», como en «la mayor parte de los tratados de psicología», que después de haber confeccionado la lista de los estados mentales elementales, le aplican fórmulas de «asociación», de «integración» o de «fusión» para construir «los estados superiores de conciencia, así como se construye una casa fijando ladrillos». La reacción contra el asociacionismo, precisamente, ha encontrado, a fines del siglo anterior y comienzos del presente, una de sus principales expresiones en las teorías fundadas más particularmente por Höffding (1882), Pedro Janet (1889), Paulhan (1889)

y Dwelshauvers (1908), sobre la hipótesis de la actividad sintética y de la síntesis mental. Estas teorías llegaron a su hora, como lo comprueba su rápido y brillante éxito: « Parece, escribía Boutroux a partir de 1908 (A, 152), que, de modo general, el punto de vista asociacionista o atomístico es el que más ha sido juzgado insuficiente, y que hay tendencia a substituirlo por la idea de la forma sintética, de la unidad viviente y compleja como característica del fenómeno psicológico ».

La noción de síntesis mental se opone, pues, a la de atomismo mental. La lengua tiene sus fantasías. Una psicología atómica, necesariamente se elabora sobre el modelo de la química. Ahora bien, la química se propone realizar el análisis de los cuerpos para llegar así a determinar sus elementos, y también realizar la síntesis de los elementos, para determinar las combinaciones. Todo cuerpo, en efecto, es simple o compuesto; los cuerpos compuestos son combinaciones de cuerpos simples y las combinaciones tienen propiedades diferentes a las de sus componentes. Este es el ejemplo más patente y la idea más clara que la ciencia positiva nos aboca a la síntesis, y a tales síntesis se ha dedicado el asociacionismo. Pero, sin embargo, si ha sido posible levantar contra esto el estandarte de la síntesis mental, es porque, apenas tomada la palabra de la química, se ha desviado bajo la pluma de los psicólogos, de su sentido inicial, para conformarse a las particularidades de las nuevas circunstancias. Por el contrario de las síntesis químicas, « la síntesis conciente no puede nacer por la sola asociación de las partes separadas. Es precisamente en esto en lo que consiste la diferencia entre la conexión mental y la material » (Höfding, 178). Es así como la síntesis mental — nos convenceremos a cada paso de ello — no tiene, en efecto, de común nada más que el nombre con las síntesis con que se esfuerza el asociacionismo.

Asimismo, ha terminado por desbordar singularmente el dominio psíquico en el cual han encontrado su primera aplicación estas « funciones superiores de atención, de coordinación, de crítica y de contralor que designamos con el nombre, un tanto vago, de funciones de síntesis » (Dumas, 814), estos « fenómenos de la voluntad y de la atención », « que son los opuestos

de los hechos de automatismo» y en los cuales se realiza « más o menos completamente » « la unidad, por lo menos relativa, del espíritu » (Janet, A, XVII). Es ahora toda la vida mental que presenta un « carácter sintético » (Dwelshauvers, A, 73) y « descansa... sobre la síntesis » (id. 173). La actividad sintética no se manifiesta solamente en los fenómenos intelectuales y voluntativos donde primero se ha revelado, sino que también interviene en los estados afectivos, aún elementales, en las asociaciones de las ideas, en los recuerdos, en las percepciones y hasta en las mismas sensaciones (Höfding, Paulhan, Dwelshauvers). Quien dice conciente, dice sintético. « La síntesis se traduce por los procesos concientes. Conciencia y síntesis mental son sinónimos » (Dwelshauvers, B, 108). La actividad de la conciencia « desde sus comienzos » es « antes que nada, una actividad sintética » (Janet, A, 483-4). El fenómeno mental es « una síntesis » y la « esencia misma » de la conciencia es « ser una síntesis » (Hannequin, 31, 38).

Esta actividad sintética de la conciencia tiene, por lo menos, doble efecto. Por una parte, integra los estados mentales en la unidad de la persona. Si, como James lo hace notar (198) « los únicos estados de conciencia a que naturalmente tengamos que referirnos pertenecen todos a conciencias personales, a espíritus, a *yos* y a *vosotros* concretos e individualizados », es que la tendencia « a la síntesis y a la personalidad es el carácter general de los fenómenos psicológicos » (Janet, A, IX), que « ninguna sensación, representación, etc., existe de otro modo que como elemento de una síntesis de este género (yo) » (Höfding, 185) y que, finalmente, esta « unidad íntima, sin analogía en la esfera de nuestra experiencia, que une sus diversos elementos » es « una manifestación típica de la naturaleza de la conciencia » (id. 174). Así, la existencia espiritual tiene... como forma fundamental... la síntesis; y la síntesis supone la individualidad » (id. 88). Fórmulas que dan, quizá, más calor que claridad, sobre todo la última, de un acentuado sabor metafísico, aunque todas muy significativas de la doctrina.

Por otra parte, no solamente todo estado mental está incorporado por la conciencia a una síntesis más vasta, sino que, además, es en sí mismo — lo hemos visto — el producto de una

síntesis. Ahora bien, esta síntesis no podría resultar del solo encuentro de los elementos. Necesita la intervención de la conciencia y de su actividad sintética; guarda sus caracteres. En psicología, en efecto, el todo no difiere solamente de la suma de sus partes en que, como en química, posee propiedades diferentes. No se explican sus partes, pero, por el contrario, son estas partes que hallan en él su razón de ser. « En la vida mental, es una ley sin excepción que, en toda su extensión, en la más obscura sensación como en el razonamiento más complejo, *el todo domina las partes* y que sólo la consideración del todo permite comprender las partes ». (Dwelshauvers, B, 104). Es, pues menester que lo esencial sea aquí, no ya las partes y sus reacciones recíprocas, sino la actividad original y autónoma, independiente de estas partes y de sus reacciones, que las compone según sus fines y las coordina en un todo. « El acto mediante el cual se reúnen elementos heterogéneos en una fórmula nueva, no está dado en los elementos » (Janet, A, 484). « Numerosos psicólogos afirman que en un proceso tomado en su totalidad, o en una representación considerada como dada conciente, *hay algo más* que la suma o la fusión de sus partes » (Dwelshauvers, B, 29). Este algo más, sin el cual la vida mental se desharía en polvo, es la actividad sintética del sujeto presente. « La síntesis mental implica finalmente, que el sujeto domina las diferentes manifestaciones de su vida espiritual; es actividad subjetiva que se liga a un ser que es *una realidad* y no una reunión de fenómenos objetivos, físico-químicos y fisiológicos » (id. 105). Por lo tanto, la síntesis mental, como Dwelshauvers se complace en repetirlo (por ejemplo A 36, 81, 89), es « acto de espíritu ». Fórmulas, esta vez tan claras como cálidas, pues ya no se trata sólo del acento sino del fondo netamente metafísico.

En todo caso, el sentido muy particular que así toma la palabra síntesis, en psicología se nos presenta más asequible. Si la vida mental ofrece siempre y por doquier un carácter sintético, no es que sea analizable en elementos que no habría más que combinar luego para reproducirla. Tiene ese carácter del acto sin cesar renovado, que lo unifica orientándolo según fines y subordinándole el orden y el contenido de los momen-

tos en los cuales la descompone. La síntesis mental no es combinación; es organización. Ahora bien, si toda combinación supone elementos, toda organización necesita un agente. En la síntesis mental, los elementos, pues, no son nada, y el agente es todo. He aquí por qué ser « sintético », a modo como lo son « toda realidad de orden psíquico, todo hecho de alcance mental » es ser « algo más que la composición de los elementos descubiertos después del análisis » (id. 355). Por consiguiente, si no entiendo mal, en química, para efectuar la síntesis del agua, es menester, sin duda, hacer pasar una corriente eléctrica por una mezcla de oxígeno y de hidrógeno; pero la corriente eléctrica no produce tal efecto sino en razón de las afinidades recíprocas del hidrógeno y del oxígeno, y, a falta de hidrógeno, de oxígeno y de sus afinidades, todas las corrientes eléctricas del mundo jamás podrían producir agua. Por el contrario, la actividad sintética, tan poco semejante en este caso, al menos en apariencias, a la corriente eléctrica, no tendría más que hacer elementos y afinidades elementales para componer los estados elementales, pues, si los elementos son descubiertos después, no es porque preexistieran y hubiesen pasado inadvertidos para nosotros, sino que realmente carecían de existencia, y que, productos ellos mismos de la síntesis mental, nacen bajo la mirada activa de la conciencia a medida que se orienta sobre su descubrimiento.

En efecto, la síntesis mental es tan poco combinación de partes que, a pesar de su nombre, se lleva a cabo, en realidad, sin elementos. « Su carácter propio es no estar compuestos de elementos » (Dwelschauvers, A, 36). Hay más, todo estado mental, siendo por definición sintético, nada consciente podría ser simple. « Todo hecho psíquico es un sistema, una síntesis de elementos más o menos coordinados (Paulhan, A, g) y, en tales condiciones, los elementos del espíritu, muy diferentes por su complejidad, son, en todo caso, « siempre compuestos » (id. 84). « La psicología encuentra ya una organización y una síntesis en todos los elementos de la conciencia a los cuales puede llegar ». (Janet, A, 484). « Hay, en realidad, síntesis en toda la extensión de la vida mental y en ninguna parte elementos ». (Dwelschauvers, B, 39). Y aun los elementos, siempre comple-

jos, a los cuales nuestro análisis cree llegar, no son, en realidad, aislables de los conjuntos de los cuales forman parte y, como ya lo hemos visto, comienzan sólo a existir cuando son descubiertos. « Los pretendidos elementos no son productos del análisis; se obtienen aislando ciertos aspectos de los complejos psíquicos (id. 355). Los « pretendidos elementos » de la percepción « no tienen existencia ». Fuera de la percepción no existen. No los descubrimos jamás, a no ser que descompongamos *después* una percepción para someterla a la experimentación. El hecho mismo de aislar uno de dichos « elementos » le confiere una realidad *de la que anteriormente carecía*, una existencia *de la que carecía »* (id. 114).

Esta síntesis, que no es ni combinación ni composición; esta síntesis que carece de partes; esta síntesis anterior a los elementos aparentes, esta síntesis cuyo análisis persigue en vano a los elementos reales, esta síntesis que no tiene ya nada de síntesis; esta síntesis, que para empezar a conocerla es menester comenzar por olvidar primero su nombre, nos es presentada como la llave de toda la psicología. Continuando sus consideraciones sobre la percepción. Dwelshauvers concluye así, en efecto: « He aquí una cosa de suma importancia. Podemos afirmar que aquel que no comprenda eso jamás será psicólogo, exactamente como el alumno que se detiene ante el *pont aux ânes* no conocerá jamás la geometría euclidiana. Es por eso que insistimos. Es de suma importancia comprender, *con la máxima precisión posible*, lo que es la síntesis mental para poder comprender cualquier cosa en la ciencia psicológica ».

Nada estimula tanto a hacer el tonto como la amenaza de ser tratado de imbécil. Pero no cedamos aún, si es posible, a este deseo, ya que la síntesis mental ofrece para él una tan gran importancia; terminemos aquí por la definición que Dwelshauvers mismo ha dado: « Carácter estructural y sintético de todo producto mental y de todo proceso mental; originalidad de la síntesis mental, que quiere que todo hecho de la vida psíquica sea algo más que los elementos que encuentra el análisis; imposibilidad de explicar los procesos mentales por un mecanismo por más complejo que sea; carácter de interpretación de los procesos de la vida mental; dominación de la totalidad sobre todo

estudio fragmentario de las funciones del espíritu ; y finalmente, necesidad de relacionar la actividad psíquica a un sujeto, a una individualidad que es un ser real : tales son los caracteres que definen la síntesis mental » (B, 105).

Esta definición hace recordar, por varios aspectos, la visión de la vida psíquica inmortalizada en *Los datos inmediatos de la conciencia*. La síntesis, sin combinaciones ni elementos, de Dwelshauvers, qué ¿ es, efectivamente, a fin de cuentas, sino la multiplicidad interna, indistinta y móvil a la cual, según Bergson, tendremos que volver a través de los estados mentales que ocupan y dan solidez en su superficie a las necesidades de la vida práctica, para volver a aprehender la actividad del espíritu en sus rasgos originales ? Pero, para traducir esta realidad profunda, que nuestra lengua pasada por el molde espacial es incapaz de expresar directamente, Bergson se ha cuidado de concretarse a una sola metáfora, temeroso de aprisionar en ella su pensamiento o de ver la imagen desvanecerse realizándose. Sus émulos no han tenido la misma habilidad. Queriendo, al encuentro del atomismo asociacionista, poner de relieve la finalidad, la sistematización y la unidad característicos de la actividad mental, han hablado ellos también en químicos y, sin tocar el fondo de su doctrina, podemos desde ya comprobar que su metáfora, a fuerza de doblegarse a las exigencias del objeto sobre el cual se encarnizaba, ha terminado por perder toda consistencia.

EL AUTOMATISMO MENTAL Y LA ACTIVIDAD AUTOMÁTICA

La consideración de la actividad psíquica, bajo sus aspectos espontáneo y automático, ha echado luz sobre los conceptos de automatismo mental, de actividad automática.

Es automático todo lo que actúa, se hace y se mueve de por sí. Quien dice espontáneo, dice, por lo tanto, automático ; y, de hecho, en biología, automatismo equivale, de modo general, a espontáneo. « La palabra *vida* significa, antes que nada, *movimiento automático* » (Broutroux, B. 78), y los automatismos, según Bechterew (170), son movimientos de la misma natura-

leza que los reflejos, pero cuya causa reside, no ya en una excitación venida de afuera, sino en el estado de nutrición o equilibrio interior del órgano interesado, tales, por ejemplo, en los protozoarios, los movimientos pseudópodos y de los apéndices celulares; y, en los metazoarios, los movimientos de los glóbulos de la sangre, las variaciones del tono muscular y las modificaciones espontáneas del sistema circulatorio.

Pero la palabra *automático* encuentra también su empleo en mecánica y, entonces, cuando decimos de una máquina que es automática, tenemos menos en cuenta la espontaneidad con la cual su movimiento se produce una vez empezado que el mecanismo donde este movimiento tiene su condición y que asegura, por el juego regular de sus rodajes, la inevitable aparición, el implacable desarrollo y la rigurosa repetición, cada vez que es convenientemente solicitado. Lo que nos llama la atención en el automatismo mecánico es su carácter maquinal. Los autómatas son máquinas capaces de un cierto número de movimientos, siempre los mismos, y, entonces, cuando decimos que hemos actuado como autómatas, queremos expresar que lo hemos hecho maquinal y no espontáneamente. La lengua corriente hace aquí perfectamente bien la diferencia. Un gesto espontáneo es un gesto en el que la reflexión y la voluntad se han dejado sorprender, pero en el cual reconocen parte de las intenciones que las animan; un gesto maquinal es un gesto en el cual el espíritu no ha contado para nada, sea que ya no tiene nada que hacer con él, sea que no pueda admitir nunca la intromisión. Así, la palabra automático no tiene, en biología, la misma significación que en mecánica, y, cuando se trata de actos humanos, *espontáneo* y *maquinal* no tienen el mismo sentido en la lengua de todo el mundo. Sin embargo, hablando como biólogo o como mecanicista y aún, con frecuencia, como biólogo y mecanicista a la vez, los psicólogos y los psiquiatras han creído poder englobar bajo el único término de automatismo la actividad espontánea y la mecánica.

Frecuentemente, automático es para ellos espontaneidad. «La actividad del espíritu está compuesta por la actividad de un cierto número de elementos variados: ideas, tendencias, imágenes, percepciones, que se atraen y se rechazan, se asocian

y se separan, se combinan y se disuelven (Paulhan, A, 14). Esta actividad de los elementos y sistemas psíquicos puede tanto llamarse « actividad espontánea e independiente » (id. 37) como « actividad automática independiente » (id. 45). Lo automático se define por su propiedad de surgir espontánea e involuntariamente en la conciencia (Petit, 26, 149). Si la alucinación se produce fuera de toda excitación exterior « es porque en el trayecto nervioso ascendente, que va de los órganos de los sentidos a las asociaciones neuronales las más elevadas del eje cerebro-espinal, la máquina nerviosa ha actuado en ausencia de su excitante normal, al parecer por su propia cuenta, *automáticamente* » (Nayrac, 125).

« He dicho cómo, desde lo subconciente, surgen automáticamente ideas, imágenes, sentimientos, actos de los más contrarios a la mentalidad, a la moralidad, a los intereses del sujeto » (Lévy-Valensi, 95).

Esta espontaneidad, que convenga o no llamarse automática, la conocemos hace mucho. Ella corresponde a la actividad autónoma que Jouffroy, como lo hemos visto, concedía ya a las facultades, y Renouvier atribuye, no sin motivos, a la antigüedad el honor de haberla descubierto: « Los antiguos, muchas veces profundos por ir directamente al hecho, han definido al alma una cosa que se mueve de por sí. Quitemos el prejuicio de la substancia o de la fuerza substancial; queda esta verdad de experiencia: en el curso de las representaciones que se agrupan o se suceden para constituir lo que somos, cuando creemos poseer lo que llamamos nuestra propia dirección, identificamos nuestra conciencia con la de estas representaciones que, a cada instante, parecen producirse sin causa eficiente anterior, es decir, que parecen primero producirse y luego determinar a las demás » (1, 191).

En todo caso, tomado el término automático para significar espontáneo, no hay nada de extraño que se coloquen bajo el título de automatismo, todas las formas de nuestra actividad que, para nosotros, pueden tomar las apariencias de la espontaneidad, y es así cómo la actividad del artista se llama automática (Antheume et Dromard, 19), así como también la expresiva movilidad de nuestra mímica y de nuestras actitudes o las reac-

ciones motrices más inconcientes, como las que intervienen, por ejemplo, en la experiencia del péndulo de Chevreul.

Pero, para psicólogos y psiquiatras, automático es, frecuentemente, también sinónimo de mecánicamente montado, concatenado y repetido, de mecanizado y aun de maquinal. El automatismo es a la voluntad lo que la rutina es a la invención (Paulhan, B, 4). Es la « oposición entre la actividad creadora del espíritu y la actividad reproductora la que merece realmente el nombre de automatismo » (Janet, A, XI). « La sucesión automática de las imágenes y de los actos » es el resultado o, mejor dicho, la continuación de una síntesis ejecutada anteriormente y que hoy, cuando la volvemos a empezar, tiende a completarse (id., 365). La actividad automática « conserva las organizaciones del pasado » (id., X); es « *conservadora* » (id., 485). « El automatismo es la conservación y la repetición de lo adquirido, en todos los dominios: sensación o movimiento, memoria, experiencia de las cosas » (Dwelshauvers, B, 101). « Hábito, tiene por sinónimo automático » (id., 155).

Así, desde este punto de vista, son automáticas todas las manifestaciones, mentales o físicas, de nuestra actividad que, a fuerza de repetición, y de ejercicio, vienen a ejecutarse con una perfección mecánica, sin el concurso de la voluntad o aun de la conciencia. Lo que llama la atención e interesa en estos automatismos, no es la espontaneidad posible de su intervención, sino su analogía con las máquinas automáticas, capaces de reproducir indefinidamente la misma serie de movimientos, a pesar de que la fuerza motriz, liberada por su funcionamiento, pasa de uno a otro rodaje. Por ejemplo, recitar de memoria con toda exactitud una poesía, es lo mismo, en efecto, que hacer funcionar un fonógrafo interior; la prueba la hallamos en las innumerables anécdotas de bastidores, que prueban con cuán gran desatención los actores pueden, sin parecer demasiado inverisímiles, abocarse a la tarea de representar un papel.

En estas condiciones, demás está decirlo, como tienen dos sentidos, el mismo autor, en el mismo pasaje, emplea las palabras automatismo y automático sucesivamente en uno u otro de ambos sentidos y aún en sus dos sentidos a la vez.

Así Paulhan (A. 169), para mostrar cómo el « automatismo

(espontaneidad y mecanización), y la independencia de los elementos psíquicos se encuentran al comienzo y al término de una evolución mental, pero con diferencias importantes»; toma como ejemplo la escritura, y trata de automáticos (espontáneos) los movimientos incoordinados del niño que aprende a trazar sus letras, y le opone la independencia mecánica finalmente adquirida por el acto de escribir, mediante el ejercicio. Asimismo (id., B, 7), el automatismo psíquico nos está dado como abarcando una cantidad de actos complicados «que se llevan a cabo casi con la misma regularidad y la misma finalidad que los reflejos». «Irritando el amor propio de un hombre vanidoso, uno puede estar casi seguro de provocar reacciones instintivas casi tan fatales y tan fáciles de prever como los movimientos de la rana» decapitada. Estos «reflejos psíquicos», como dice Richet, son «numerosísimos». Y Paulhan añade en seguida: «Los hábitos que tomamos espontáneamente y los que se nos hace adquirir dándonos ejemplos variados de continuo», sin desconocer la muy grande diversidad presentada por las reacciones de los reflejos psíquicos en razón de la multiplicidad de las condiciones susceptibles de provocarlos (id., 10).

Este acercamiento de los efectos del amor propio y del hábito nos pone sobre el camino de la razón que ha llevado a los psicólogos a agrupar y a identificar de hecho, dándoles el mismo nombre, la espontaneidad y lo mecánico. Es que el riguroso determinismo del segundo pertenece también al primero. Lo espontáneo es el fruto de nuestras tendencias, y lo mecánico de nuestros hábitos; pero tendencias innatas, como hábitos adquiridos, son igualmente determinados en sus manifestaciones y de ahí que se asimile automatismos, tendencias y hábitos: «Bajo diversos nombres: reflejos, reflejos psíquicos, tendencias, automatismo, instintos, hábitos, sistemas psicológicos, complejos, muchos autores han puesto en evidencia la existencia en el individuo viviente y pensante de disposiciones a reaccionar siempre del mismo modo ante ciertas modificaciones producidas en la superficie de su cuerpo» (Janet, B, 920). Así, la tendencia es un automatismo primario innato, y el hábito un automatismo secundario adquirido (Poyer, 37). La segunda se ingerta sobre la primera, pues el hábito encuentra su causa «en las disposicio-

nes del ser vivo » (Dwelshauvers, B, 15), y la analogía comprobada entre ambas se legitima por la identidad de su naturaleza y de sus condiciones: « De buena gana sometería el hábito al grupo de los hechos inconcientes en los cuales he clasificado las predisposiciones, las *vocaciones*. Entre predisposición y automatismo hay un carácter común, cual es la naturaleza psicofisiológica de ambos y el papel que llena el organismo en ellos ». (A, 110). Puede decirse que el espíritu « constituido por un conjunto de tendencias, esto es, por disposiciones a producir series de movimientos determinados a continuación de estimulaciones sobre la periferia del cuerpo » (Janet, C, I, 208), y la actividad del espíritu son igualmente automáticos. Pero el determinismo de la tendencia no es exactamente el mismo que corresponde al hábito. El hábito, propiamente dicho, todo conservación y repetición, a través de las circunstancias persigue la serie de sus efectos previamente fijada. Los movimientos surgidos de una tendencia no están solamente determinados por dicha tendencia, sino también por las circunstancias a que va a adaptarse. El automatismo de la tendencia no es, por lo tanto, únicamente conservación del pasado, porque es, hasta cierto punto, capaz de iniciativa y creación. Así, en los recuerdos traumáticos « los trastornos aparecen por un mecanismo « que Janet ha designado bajo el nombre de *automatismo psicológico* » (id., II, 211). En su antigua concepción, el recuerdo traumático estaba constituido por un sistema variado de imágenes y movimientos: « Este sistema, persistiendo en el espíritu, no tardaba en invadirlo todo, anexándose, por asociaciones, una multitud de imágenes y de movimientos al principio extraños. Enriquecido de este modo, a costa de un conjunto de otros pensamientos debilitados por la depresión general, se realizaba por sí mismo, automáticamente, sin pasar por el intermediario de la idea y de la sugestión y daba nacimiento a actos, actitudes, sufrimientos y diversas especies de delirio ».

Así, los recuerdos traumáticos y los demás fenómenos del mismo género, distinguiéndose menos por la exactitud con la cual reproducen el pasado que por el rigor con el cual desenvuelven sus consecuencias, resultan ligados al automatismo, precisamente en razón de dicha espontaneidad y de este rigor.

« Designamos, efectivamente, automático un movimiento que presenta dos caracteres. En primer lugar, debe tener algo de espontáneo, por lo menos en apariencia; tener su origen en el objeto mismo que se mueve y no provenir de un impulso exterior... Además, es menester que dicho movimiento permanezca muy regular, y esté sometido a un riguroso determinismo, sin variaciones ni caprichos » (Janet, A, 2).

La actividad automática así definida representa « la actividad humana en sus formas más simples, más rudimentarias » (id., I) porque « los primeros esfuerzos de la actividad humana tienen precisamente estos dos caracteres » (id., 2): de espontaneidad — por lo menos aparente — y de rigurosa determinación. Esta actividad elemental es, pues, para Janet, anterior a la reflexión y a la voluntad, como el juego autónomo de las facultades, según Jouffoy, y los hábitos, según Dumont, con este importante correctivo, sin embargo, que sería ella misma « la consecuencia de otra actividad muy diferente », sintética y novadora, que trabaja « al principio de la vida » (id., 486-7).

Las aplicaciones que la noción de automatismo mental ha recibido en psicología normal y patológica, son notables por su amplitud.

En primer lugar, unida a la actividad sintética, la actividad automática realza toda la actividad mental. Afectividad, pensamiento y conducta normales resultan de su interacción y de su concurso armonioso. « No solamente estas dos actividades: una que concierne a las organizaciones del pasado; la otra que sintetiza, que organiza los fenómenos del presente, dependen la una de la otra, sino que también se limitan y se regulan recíprocamente » (Janet, A, X). « Lo que importa, desde el punto de vista del individuo, es el buen equilibrio a guardar entre los diferentes hábitos, como asimismo entre todos estos, tomados en su conjunto, y la síntesis superior de la personalidad » (Dwelshauvers, B, 158). Estamos tan ciertos de que todo acto mental es ya sea sintético, ya automático, que esta certidumbre sirve de premisa mayor a ciertos silogismos: los fenómenos medianímicos, nos dice Flournoy (191) no son voluntarios, ya que el sujeto no se los atribuye a sí mismo; son, pues, automáticos. Por lo tanto, el automatismo mental será la llave de toda la psi-

quiatria. « Más observo a los alienados, más me convenzo de que es en el ejercicio involuntario de las facultades que hay que buscar el punto de partida de todos los delirios » (Baillarger, I, 563). « Toda la historia de la locura — como lo ha sostenido Baillarger, y después de él muchos alienistas — no es más que la descripción del automatismo psicológico librado a sus propias fuerzas » (Janet, A, 478). « Es imposible no ser sorprendido por la claridad que proyecta sobre el mecanismo de los diversos modos de la actividad psíquica anormal la noción del automatismo mental » (Petit, 66). El problema del automatismo « engloba casi toda la medicina mental » (Poyer, 8).

La exposición, aún sumaria, de las teorías psiquiátricas del automatismo mental, de sus variedades y de sus variaciones exigiría un lugar de que no disponemos. Contentémonos, por lo menos, con conocer su principio y con repartirlas, desde este punto de vista, en dos grupos esquemáticamente opuestos.

El primero está constituido por el conjunto de autores que, siguiendo a Baillarger, ven el origen de los trastornos psíquicos en la disminución o la supresión de los poderes superiores de síntesis y de control y la liberación correlativa de los procesos automáticos inferiores, cuyo estado cerebral puede reforzar aun los efectos: por ejemplo, el ejercicio involuntario de la memoria y de la imaginación, ayudado por la suspensión de las impresiones externas, da la alucinación; pero, si hay, además, excitación interna de los aparatos sensoriales, es la alucinación psicosensores que aparece (Baillarger, I, 443, 475, 487). « El automatismo psicológico librado a sí mismo..., en todas sus manifestaciones depende de la debilidad de la síntesis actual, que es la debilidad moral misma, la miseria psicológica » (Janet, A, 478). Séglas ha enseñado que las ideas delirantes, las alucinaciones, los actos del enfermo no son más que la manifestación de un estado de automatismo psicológico que resulta de la debilitación de la actividad mental voluntaria. Gilbert-Ballet, Binet y Simon han sostenido el mismo punto de vista, y Rivers ha dádole recientemente una expresión sumamente precisa : « Todos los trastornos mentales, tan diversos, que en nuestros días son designados con el nombre de psiconeurosis,

se vuelven claros e inteligibles si los referimos a la acción de un doble proceso. Por una parte, parecen debidos al desfallecimiento o a la debilitación de ciertas funciones mentales y, por otra resultan de la actividad anormal de un segundo grupo de funciones, normalmente inhibidas por un mecanismo de supresión y de contralor » (300).

En consecuencia, el automatismo mental no tiene, en sí mismo, nada de patológico. Pero sus manifestaciones pueden volverse patológicas si se producen en condiciones anormales. Hay, pues, identidad entre el automatismo normal y el automatismo patológico (Lévy-Valensi, 109). « El automatismo es útil en tanto cuanto obedece a la síntesis. Se vuelve nocivo, abandonado a sí mismo: « Este resultado de los trabajos de la patología mental está de acuerdo con las observaciones y los preceptos de los moralistas » (Dwelshauvers, B, 158). Útil o nocivo, como se ve, se trata siempre del mismo automatismo. Pero hay, por definición, tantas manifestaciones mórbidas de la actividad automática como trastornos mentales. Esto evidencia su gran variedad. Toda variedad es confusión, y toda confusión requiere un esfuerzo de clasificación. Es así cómo numerosas clasificaciones han sido propuestas. Como ejemplo, mencionaremos dos, que se caracterizan por su simplicidad y claridad.

Petit (68), de acuerdo con su fórmula psicológica, distingue dos modalidades de automatismo mental:

1° El « automatismo mental, primitivamente sintético », « ideativo » o « ideo-afectivo », « que desenvuelve progresiva o bruscamente ideas generales, tendencias, sentimientos (deseos o temores, principalmente) » y rematan en « la constitución de una personalidad delirante, nueva, que continúa o transforma la personalidad antigua o se pone en oposición con esta ».

« De este modo se constituiría *primitivamente* la convicción mórbida, la creencia patológica, propiamente dicha, irreducible las más de las veces, o muy lentamente soluble. Tal sería, parécenos, la causa psicopatológica esencial y primitiva de las formas puras de los delirios que podríamos llamar de creencia; propiamente dicho: delirios de interpretación y delirios de imaginación, en los cuales la creencia mórbida se satisface

ampliamente en si misma o, por lo menos, busca secundariamente las justificaciones que, por lo demás, son aceptadas sin mayores exigencias por el espíritu. »

2° « Un automatismo primitivamente analítico o elemental », « que atañe a elementos más simples; no sistematizados o agrupados primitivamente; procesos psíquicos como: tendencias, voliciones o ideas simples, representaciones simples, automáticas, aperceptivas o alucinatorias, que, podríamos decir, surgiendo aisladas y sin lazo aparente en la conciencia sorprendida del sujeto, no suscitan, a no ser secundariamente, explicaciones o interpretaciones de la parte restante de la personalidad. »

Así podríanse explicar, nos parece, los fenómenos ideoafectivos simples que encontramos en los obsesionados y los impulsivos, o los hechos de automatismo alucinatorio o pseudoalucinatorio observados en los alucinados llamados concientes o en los enfermos que padecen de alucinaciones. »

Poyer (23) distingue el automatismo total (sonambulismo, personalidades sucesivas y alternantes) que deja de lado en razón de las discusiones que ha provocado y de las dudas que han hecho surgir hasta acerca de su propia existencia, y el automatismo parcial que, a su vez, comprende tres órdenes de trastornos: 1° los trastornos de inhibición, por defecto (fuga de ideas, obsesiones, impulsos, raptus) y por exceso (retardo, inhibición y entorpecimiento de la voluntad y del pensamiento); 2° los trastornos de la conciencia (palabras y escrituras automáticas, anestias y parálisis histéricas); 3° los trastornos de la personalidad (sentimientos de extrañeza, de ya visto, de pérdida de la libertad, de automatismo, de dominación; ideas de influencia física y psíquica; desdoblamientos de la personalidad de los perseguidos y de los poseídos).

Asociados, los trastornos de la inhibición y los de la personalización dan además de los fenómenos de la personalidad, los trastornos psíco-sensoriales, alucinatorios y pseudoalucinatorios.

Esta primera teoría del automatismo mental, así como él mismo lo reconoce (I, 444, 495) fué inspirada a Baillarger por Jouffroy y sus concepciones de la actividad autónoma de las

facultades y de la acción del poder personal. El poder personal no vigila ni dirige sin interrupción el ejercicio de las facultades. Memoria, imaginación, entendimiento, trabajan, mientras tanto, sin su consentimiento. Los desfallecimientos del poder personal son, en general, parciales; sin embargo, pueden ser generales y, en este caso, « todas nuestras capacidades se mueven con su movimiento propio y según sus leyes, no según las nuestras y por nuestro impulso » (Jouffroy). A pesar de todo, Baillarger nos dice, acerca del automatismo de la inteligencia, que « está caracterizado por el ejercicio involuntario de la memoria y de la imaginación » (I, 496); es, pues, el producto de una abolición o de una disminución de la influencia de la voluntad sobre la dirección de las ideas, el resultado de la incapacidad del sujeto para dirigir sus facultades, cuya independencia se ha substraído a la acción del poder personal. Pero no basta comprobar que Baillarger ha sido influenciado por Jouffroy y que ha atribuído la locura a la pérdida del libre albedrío para tener el derecho de decir, con Nayrac, que su *automatismo filosófico*, « no tiene, en nuestros días, sino un interés histórico » (123). Porque el automatismo, así estigmatizado para muchos parece comprobado por la neurología: « Los trabajos iniciados en el curso de estos últimos cincuenta años en patología nerviosa, particularmente los de Huglins Jackson, han establecido que el principal efecto de la enfermedad es el de sorprender las funciones de contralor de los centros superiores, permitiendo manifestarse a funciones tenidas normalmente bajo contralor. Hoy admitimos la existencia de un proceso semejante en la génesis de los síntomas psiconeuróticos. Este paralelismo es natural. « En este pasaje (300) Rivers no piensa más que en Freud y en el psicoanálisis, pero su observación vale también para Baillarger y su teoría del automatismo.

En desquite, ya que, según ellos, el automatismo patológico no es más que el automatismo normal excepcionalmente abandonado a sí mismo, parece ser que Baillarger y los autores que le han seguido hubieran tenido que particularizarse en las manifestaciones demenciales, confusionales y epilépticas, que en oportunidad hemos señalado y en las que reconocemos fácilmente nuestros propios automatismos. Por el contrario, sin de-

jarlos, sin embargo, totalmente de lado, como, lo diremos nuevamente, por definición tenían por automático todo trastorno mental, se han visto obligados a sumergirlos bajo una masa de manifestaciones bien diferentes, más o menos desconocidas por la conciencia normal y de las cuales nuestra experiencia no nos da sino equivalentes lejanos. La existencia de tales síntomas comprueba que el automatismo patológico es capaz de modificar extrañamente los efectos del automatismo normal y ,quizá también, de substituirlos por otros. Pero, aún cediendo a las excéntricas de la actividad automática un lugar siempre más importante, las teorías que caben en nuestro primer grupo continúan afirmando que los dos automatismos son fundamentalmente idénticos. Las teorías que pertenecen al segundo grupo, por el contrario, discuten esta identidad en razón de la evidente disparidad que se comprueba entre los productos del automatismo normal y los del automatismo patológico.

Las concepciones de Mignard sirven, en cierto modo, de puente entre ambos grupos de teorías. En efecto, después de haber, con Toulouse y siguiendo a Baillarger, ligado las psicosis a trastornos de la auto-conducción, es decir, de la síntesis personal, ha venido a oponer a la auto-conducción normal la subducción mental mórbida, en cuyo estado ya no se trata del desfallecimiento de la actividad sintética sino de la exageración de su propia actividad la que determina la emancipación de las funciones inferiores.

Pero es en la obra de Clérambault, a pesar de que actualmente ya no usa el término automatismo, donde mejor se pone de manifiesto el punto de vista característico del segundo grupo de teorías. El enfermo no presenta ningún trastorno inicial de la síntesis personal y las manifestaciones mórbidas le sorprenden en plena neutralidad afectiva, en plena quietud intelectual. Son el resultado, original y espontáneo, de un trastorno cerebral localizado; como tales, nada tienen que ver con el juego regular del cerebro y son inasimilables para el pensamiento normal. Sobre esta base, Clérambault ha edificado todo un conjunto de hipótesis patogenéticas, histopatológicas y psicopatológicas cuya audacia, quizá excesiva, no debe hacer olvidar lo que hay de serio y de sólido en su punto clínico de partida.

Así, según las teorías de este grupo, los trastornos de la síntesis mental ya no intervienen en la producción de las manifestaciones mórbidas, y, en rigor, no desempeñan ningún papel, a no ser en su desarrollo.

Los trastornos mentales ya no dependen de la liberación anormal de funciones en sí normales y que, apenas puestas bajo la dependencia de la actividad sintética, volverían a su juego normal. Dependen de la entrada en juego de actividades en sí mismas anormales, del automatismo mental, del automatismo patológico. En estas condiciones, por una parte, si este automatismo es patológico, en el fondo no es mental; son, efectivamente, siempre más frecuentes los casos en que es posible imputarlo a una infección, una intoxicación o una lesión, « y es lógico considerar que, probablemente, siempre hay una base orgánica » (Nayrac, 164). Lo que se produce por sí mismo, lo que es automático, es el desorden fisiológico que resulta de dicha lesión. El desorden mental no es más que la proyección de este desorden fisiológico sobre la pantalla de la conciencia. La causa, por lo tanto, no es de naturaleza mental. « Las psicosis alucinatorias crónicas, llamadas sistemáticas, cualquiera sea su género, son resultados de procesos mecánicos extraconcientes, y no productos de la conciencia. Estos mismos procesos son secuelas de lesiones infecciosas, tóxicas, traumáticas o esclerozantes. Estas psicosis, entran de este modo en la neurología » (Clérambault, A, 206).

Por otra parte, si no existe diferencia de naturaleza entre un órgano sano y otro enfermo, y si ambos funcionan de acuerdo a las mismas leyes generales, este funcionamiento, por los menos, está lejos de permanecer el mismo. Por ejemplo, un centro psicosensores, normalmente jamás entra en juego por sí mismo automáticamente, sino únicamente bajo la influencia de una excitación de afuera transmitida hasta él. Sin embargo, si una alucinación se produce, es porque la enfermedad ha vuelto al centro correspondiente susceptible de actuar automáticamente, y es para él, realmente, un nuevo modo de actividad, ya que su actividad normal jamás presenta este carácter. Por su parte, un centro cerebral normalmente automático, si está lesionado y trastornado en su funcionamiento, se volverá el sitio de una ac-

tividad automática anormal, cuyos productos no podrán ser sino los de su actividad normal. Por consiguiente, el pretendido automatismo mental, el automatismo patológico, no es idéntico al automatismo normal y comporta otros efectos que la conciencia normal ignora. «Trae a la psicosis un elemento nuevo, que no existía en la psicología normal; es así cómo, empleando una expresión de M. Hesnard, podríamos llamarlo «automatismo neoproductor» (Nayrac, 125).

Bien se ve que las teorías del automatismo mental del tipo Clérambault difieren de las del tipo Baillarger: un automatismo extraño a la vida psíquica y rico en neoformaciones; una actividad automática natural, auxiliar de la actividad sintética y cantonada, en principio, en la utilización y, aun quizá, en la producción del pasado, no tienen de tal sino apenas el nombre.

A pesar de la boga de que goza, el automatismo mental no pertecece, pues, desgraciadamente, a esos jardines a la francesa tan bien ordenados que resulta imposible extraviarse en ellos. Sería más bien un laberinto retocado por tantos arquitectos, que, para orientarse en él, se necesitaría un número igual de guías. A los pies de la torre de Babel, los hombres ya no se entendían por no hablar ya la misma lengua. Aquí, emplean el mismo vocabulario y le dan un sentido diferente: es otro modo de llegar al mismo resultado.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTHEAUNE et DROMARD, *Poésie et folie*, Doin, París, 1908.
- BAILLARGER, *Recherches sur les maladies mentales*, 2 vol., Masson, París, 1890.
- BALLET (GILBERT), *La psychose hallucinatoire chronique et la désagrégation de la personnalité*, in *L'Encéphale*, I, 501, 1913.
- BECHTEREW, *La psychologie objective*, Alcan, París, 1913.
- BINET et SIMON, *Définition des principaux états mentaux de l'aliénation*, en *Année psychologique*, Masson, París, 1910.
- BOUTROUX, a) *La philosophie en France depuis 1867 (1908)*, en *Nouvelles études d'histoire de la philosophie*, Alcan, París, 1927.
- b) *La contingence des lois de la nature*, 2^{mo} éd., Alcan, París, 1895.
- CELLIER, *Recherches sur l'automatisme psychique*, in *L'encéphale*, 1927.

- CLÉRAMBAULT, a) *Psychoses à base d'automatisme et syndrome d'automatisme*, in *Annales médico-psychologiques*, I, 193, 1927.
b) *Syndrome mécanique et conception mécaniciste des Psychoses Hallucinatoires*, in *Annales médico-psychologiques*, II, 398.
c) *Intervention dans la discussion sur l'automatisme mental*, Congrès des médecins aliénistes et neurologistes de France et de langue française, XXXI^{me} session, Blois, juillet, 1927, in *Comptes rendus publiés par le docteur M. Olivier*, Masson, Paris, 1927.
- CONDILLAC, *La Logique*, in *Oeuvres complètes*, XXII, Houel, Paris, VI^{me} année, 1798.
- DUMAS, GEORGES, *La pathologie mentale*, Traité de psychologie, publié sous la direction du professeur Georges Dumas, II, Alcan, Paris, 1923.
- DUMONT, *L'habitude*, in *Revue philosophique*, I, 1876.
- DWELSHAUVERS, a) *La synthèse mentale*, Alcan, Paris, 1908.
b) *Traité de psychologie*, Payot, Paris, 1928.
- FLOURNOY, *Espries et médiums*, 1911.
- FONTENELLE, *Sur l'instinct*, in *Oeuvres*, V, Bastien-Servières, Paris, 1790.
- GARNIER, *Traité des facultés de l'âme*, 3 vol., Hachette, Paris, 1852.
- HANNEQUIN, *Introduction à la psychologie*, 1890.
- HÖFFDING, *Esquisse d'une psychologie fondée sur l'expérience*. trad. fr., 4^{me} éd., Alcan, Paris, 1909.
- JAMES, WILLIAM, *Précis de psychologie*, Rivière, Paris, 1909.
- JANET, PIERRE, a) *L'automatisme psychologique*, 2^{me} éd., Alcan, Paris, 1894.
b) *La tension psychologique et ses oscillations*, traité de psychologie publié sous la direction du professeur Georges Dumas, I, Alcan, Paris, 1923.
c) *Les médications psychologiques*, 3 vol., Alcan, Paris, 1919.
- JOUFFROY, *Des facultés de l'âme humaine*, in *Mélanges philosophiques*, nouvelle éd., Hachette, Paris, 1866.
- KÖHLER, *L'intelligence des singes supérieurs*, trad. fr., Alcan, Paris, 1927.
- LÉVY-VALENSI, *L'automatisme mental dans les délires systématisés chroniques, d'influence et hallucinatoires, le syndrome de dépossession*, Comptes rendus du Congrès de Blois (voir Clérambault).
- NAYRAC, *L'automatisme mental*. Comptes rendus du Congrès de Blois (voir Clérambault).
- OZORIO DE ALMEIDA, MIGUEL, *Sur le rôle des excitations d'origine cutanée dans le maintien de l'activité du système nerveux*, in *Journal de psychologie*, 1926.
- PAULHAN, a) *L'activité mentale et les éléments de l'esprit*, Alcan, Paris, 1899.
b) *La volonté*, Doin, Paris.
- PETIT, *Essai sur une variété de pseudo-hallucinations. Les auto-représentations aperceptives*, thèse, Paris, 1913.
- POYER, *Le sommeil automatique*, thèse, Paris, 1914.
- QUERCY, *Intervention dans la discussion sur l'automatisme mental*. Comptes rendus du Congrès de Blois (voir Clérambault).

- RENAN, *L'avenir de la science*, Calmann Lévy, Paris, 1890.
- RENOUVIER, *Traité de psychologie rationnelle*, 2 vol., Colin, Paris, 1912.
- RIVERS, *L'instinct et l'inconscient*, trad. fr., Alcan, Paris, 1923.
- SÉGLAS, *Leçons cliniques sur les maladies mentales et nerveuses*, Asselin et Houzeau, Paris, 1895,
- SPAIER, *La pensée concrète*, Alcan, Paris, 1927.
- STERN, *La psychologie de la personnalité et la méthode des tests*, in *Journal de psychologie*, 1928.
- VAN DER VELDT, *L'apprentissage du mouvement et l'automatisme*. Études de psychologie publiées sous la direction de A. Michotte, professeur à l'Université de Louvain, vol. III, Louvain, Paris, 1928.
- WALLON, a) *La conscience et la vie subconsciente*, traité de psychologie publié sous la direction du professeur Georges Dumas, II. Alcan, Paris, 1923.
- b) *La maladresse*, in *Journal de psychologie*, 1928.

D^r CHARLES BLONDEL,

Profesor de psicología
en la Universidad de Estrasburgo.